

ASI VIVIMOS LOS TICOS

Virgilio Villanueva Obando. 37 años. 5 hijos. Casado con Dídima Obando Hidalgo. Vecino de reserva indígena de Ujarraz, a dos horas en caballo desde Buenos Aires, valle del Terraba, Pacífico Sur.

Transcripción literal

—¿Sus papás hablaban español? ¿Dónde nacieron?

—Aquí idioma nada más, pero habla también español como nosotros; nosotros hablamos Ujarraz puro idioma, pero como vamos a Buenos Aires tenemos que hablar español. Nacieron... fue no mi tata fue nacido creo que en Cabécar; mi mamá fue nacido también Cabécar, tres días de camino de Ujarraz, por montaña.

—¿Con su familia, habla en español o en dialecto?

—Hablamos en dialecto todo

el tiempo porque idiay como nosotros somos indios y hablamos en idioma los hijitos todos también.

—¿Fue a la escuela? ¿Qué aprendió?

—Sí, señor yo estuve en la escuela, cuatro años. Me enseñó nada más trabajar en hortaliza. Leer y escribir también; bueno, otra cosa no, ahí nada más fue eso: tres horas estudiar escribir todos los días; de ahí el resto no me ha enseñado nada.

—¿Cuando fue a la escuela, tuvo algún problema con el español?



Virgilio Villanueva. 47 años. Indio cabécar, de Ujarraz, Buenos Aires. 5 hijos. Nos contesta más de cien preguntas sobre su vida, la de los suyos y lo que lo rodea en su rancho a dos horas, en caballo, de Buenos Aires.

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías: MIGUEL SALGUERO



Virgilio posa, al frente de su rancho, con su señora y cuatro de sus cinco hijitos.



Los herederos de Virgilio: Reselda, Cecilio, Emilce y Martina. "Necesito finca para que hijos puedan vivir si algún día yo muero...".

—Ahí, sí señor. Hablaba dialecto nada más. Bueno, por dicha no me ha costado aprender mucho, ahora se entiende.

—¿Eran católicos sus papás?

—Sí señor. Casados de Iglesia católica. Todo tiempo iban misa; cuando llega padre Hugo van, están vivos.

—¿Usted cree en sibu, el dios indígena?

—Ah creemos, sí señor; nosotros decimos sibu, pero es el mismo Dios de todos.

—¿Va a misa con frecuencia? ¿Cree en todo lo que le dice el padre Hugo?

—Sí, voy a misa todo tiempo. Siempre creemos y lo obedecemos al Padre Hugo. Sabemos que hay infierno; es una cosa de lo más tremenda para nuestras almas.

—¿Lo acompañan su señora y sus hijos a misa?

—Sí señor; todos a la vez. Rezamos rosario en la noche; tenemos catecismo para rezar.

—¿Sus chiquitos van a la escuela?

—Dos están en la escuela; tres están chiquititos; van bien. Este año seguro van los dos a segundo grado. Yo reviso notas. Si veo error yo corrijo; uno tiene que ayudar al hijo hasta donde pueda.

—¿A qué hora se levantan ustedes?

—Nosotros siempre levantamos en la mañana a las tres de la mañana y a las cuatro y media salimos trabajo, según si trabajo es lejos tenemos que salir temprano; si es cerca salimos a las seis.

—¿Qué cosas comen en la mañana?

—Todo el tiempo acostumbramos tomar leche, café, azúcar. Yo propia no tengo vaca; pero yo siempre consigo leche. No falta como carne, y un gallito arroz con frijoles.

—¿Tienen baño? ¿Cómo traen el agua a la casa?

—No señor; nosotros bañamos en el río corriente porque no hay baño, en la casa nadie tiene. Agua la traemos en un totuma decimos nosotros, en un calabazo. Queda cerca agua de la casa, como a diez minutos. Todos nosotros ayudamos a señora a traerla cuando está muy ocupada.

—¿Cree que esta agua es buena? ¿Qué "animales" le han dicho que tiene?

—La mayor parte de nosotros siempre buscamos agua que sale entre tierra; río corriente no nos gusta porque la mayor parte de bichos mueren río y es mala. Por eso buscamos ojo de agua. Bueno, a nosotros decir que tiene animales, insectos entre el agua.

—¿Al almuerzo, qué come?

—Nosotros... es decir... carne, arroz, frijoles; y lo que compramos, a veces; macarrones.

—¿En qué trabaja?

—Agricultura. Sembramos arroz, frijoles, maíz, yucas, tequisque, ñame, otros restos más, peñibayales, así árboles frutales como aguacates, naranjas, mangos. Siempre se pega bueno todo, pero ahora hay mucha enfermedad en las naranjas.

—¿Es buena esta tierra?

—Regular, no buena del todo. Produce arroz y frijoles en el bajo; yo tengo dos fincas pequeñas; una en el bajo, otra en la cordillera. Arriba da maíz y bananales, frutales y café.

—¿Cuánto mide su finca?

—Finca mía no está medida; hacemos un cálculo que trabajamos de café unas dos manzanas. Tierra para sembrar no es buena; no podemos sembrar corte grande, hay muchos pedregales; hacemos cálculo entre nosotros qué es de uno y otro.

—¿Cómo es que este terreno es de su propiedad? ¿Lo compró?

—Es que como nosotros hemos nacido aquí, por eso terreno lo tenemos como propio de uno. No lo vendo, nunca, porque tengo familia. ¿Para qué lo voy a vender? Más bien deseo más para darle a mis hijos; necesito más por si un día me muero mis hijos tengan qué comer y beber.

—¿De lo que Ud. produce, ¿qué deja para el gasto?

—Dejamos siempre el gasto calculando que alcance para que llegue otra cosecha, para que alcance el año.

—¿Qué cosas tiene que comprar?

—Sal tenemos que buscar; y jabón, dulce, ropas, fósforos, canfín, candelas, manteca también, pero en veces tenemos todos nosotros mismos y tenemos manteca.

—¿Cuántas horas trabaja en su finca? ¿Le ayudan sus hijos?

—Salimos en la mañana, trabajamos hasta las doce; de mediodía para abajo trabajamos cerquita casa asolear café, picar leña, de todo oficio. Almorzamos a las once; tenemos costumbre llevar almuerzo; si estamos trabajando cerca casa, no llevar almuerzo.

—¿Cuántos árboles frutales tiene?

—Tenemos sesenta de naranja, pero muchos están muriendo. No ha ido el agente de extensión a ver qué pasa con naranjas. Mangos. Toronjas.

—¿Usted hizo este rancho?

—Rancho de paja, paja de zacate de sabana. Ese es el cinc de nosotros. Yo mismo lo hice. Desde chiquitillo que mi papá hacía ranchos, yo aprendí. No queda ni uno en Ujarraz que no sabe hacerlo, todos sabemos.

—¿Con qué cocinan? ¿Los trastos, los compró en Buenos Aires?

—Cocinamos en fogón. Trastos de aluminio comprados, no tenemos ollas de barro, pero hay personas que las hacen.

—¿Se siente bien alimentado?

—Ah sí; cuando no hay enfermedad, nosotros estamos bien alimentados. Estamos acostumbrados a comer hoy una cosa, mañana otra; lo que a uno le gusta bien. Carne, huevos, gallitos, sopas. Los huevos y la carne alimenta más. Gallinas antes yo tenía 35, pero ahora se han acabado por morriña; ahora sin nada de mentira tengo seis nada más.

Continúa.

Médico no viene por falta de camino y puente; mucha gente se muere por falta de médicos"

En Ujarraz toda gente es casada, porque si uno deja que otros no se casen entonces es costumbre de todos vivir juntos sin casarse y es malo.

—¿Se enferma con frecuencia?

—En veces he cogido enfermedad. Cuando uno trabaja muy maltratado viene una lluvia fuerte y muy caluroso uno se enferma. Estuve con calentura, fui donde don Omar Caamaño a Buenos Aires, me dio una medicina y me regaló una plaitilla y me salvó.

—¿Viene los médicos a Ujarraz?

—Ahora no hace mucho entró una enfermedad muy terrible, médico no viene por falta de camino y puente; mucha gente se muere por falta de médicos. Vienen enfermedades de esas que pasan por dondequiera, como gripe, catarro, sarampión. Nos mandan a decir que tenemos que ir a vacuno, pero aquí no puede uno bajar con niño enfermo, no podemos pasar por falta de puente. Mucho muerto por falta de medicinas.

—¿No tienen ninguna medicina en el pueblo?

—En Ujarraz no tenemos ninguna medicina; el que se enferma a buscar la botica en Buenos Aires.

—¿Qué le parecen las inyecciones?

—Son buenas, perfectamente, es el único remedio, lo más fácil para aliviar la enfermedad. Hay muchos que saben ponerlas; yo he salvado muchos niños con gripe, con inyección; compré una jeringa, aprendí con personas que saben.

—¿Y la penicilina, qué tal es?

—Bueno, eso también. Usamos mucho para calmar dolor o parar enfermedad. Eso sí hay que saber qué clase de enfermedad porque puede uno joder a un compañero, matarlo.

—¿Tiene cerdos? ¿Qué hace con ellos?

—Sí señor, tengo cuatro. Los tengo allá arriba, bien enchi-

querados para que no hacen daño; siempre tenemos. Si precisa plata lo vendemos; otros los dejamos para el gasto, para alimentar nuestras familia.

—¿Usted trabaja alguna vez donde los vecinos? ¿Cuánto le pagan?

—Siempre trabajamos manos vueltas unos a otros. Cuando uno se encuentra muy fregao de trabajo hacemos grupo tres o cuatro y vamos a ayudar vecino. Ellos hacer lo mismo con uno. Si es para ganar jornal, entre nosotros estamos pagando a cinco pesos día.

—¿Su papá lo ayudó cuando Ud. se casó?

—Terreno sí me ha dado. Rancho yo mismo lo hice con el sudor de mi frente.

—¿Le gusta la chicha? ¿Cree que alimenta bien?

—Bueno, siempre como es chicha de maíz, como Dios nos había dejado, siempre tomamos. Costumbre de nosotros es hacer chicha y tomar, alimenta si es chicha de masa.

—¿Cree que el guaro es malo? ¿Qué piensa del contrabando?

—Guaro no alimenta, más bien debilita. Le hace daño a uno nada más. El contrabando es malísimo; es prohibidísimo también. En Ujarraz nadie sabe hacer.

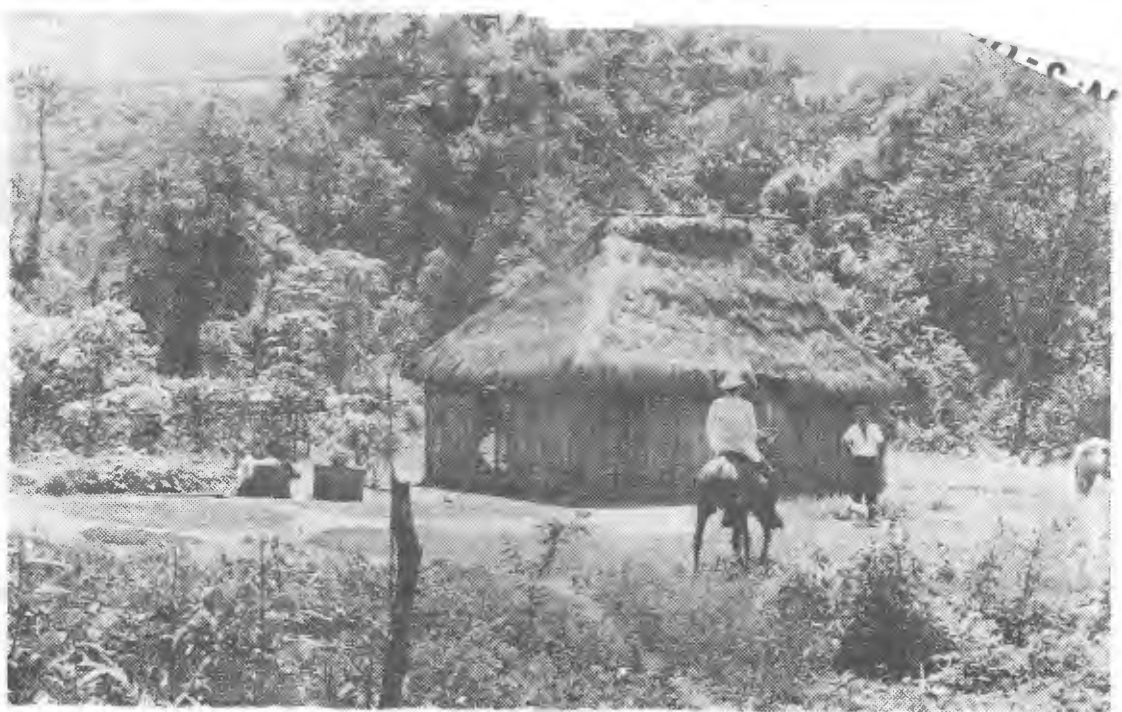
—Pero, ¿cuándo va a Buenos Aires no se toma sus traguitos?

—Bueno, un traguito así si he bebido, pero nada más un traguito, eso es suficiente.

—¿Va de cacería al monte? ¿Tiene perros?

—Sí, tenemos perros. Son buenos para ttepezcuinte, venados y sahinos, esos bichos, siempre cogemos pero en veces no hay.

—¿Roban mucho en esta zona?



El rancho de Virgilio Villanueva, en Ujarraz, valle del Terraba. El hermano Freddy Estrada, de la parroquia de Buenos Aires, visita a Virgilio, quien aparece al frente de su vivienda.



La señora de Villanueva, doña Dídima alimenta a su pequeño de pocos días de nacido. "¿Cómo se llama?". "No tener nombre pero yo ver almanaque para nombre". Vio el almanaque en el día del nacimiento del pequeño y le puso el nombre del santo correspondiente: San Florencio.

—Propiamente de nosotros no tenemos esa costumbre, pero cuando entran otros señores, no sé si de Buenos Aires o de otras partes, si ven una gallina la levantan, los huevos, la ropa también, pero son ellos, nosotros los indios no. Aunque seamos pobres no tenemos esa costumbre.

—¿Si Ud. tiene algún problema, sus vecinos le ayudan?

—Ahí sí; siempre estamos con los vecinos; si hay alguna cosa siempre hacemos favor a uno y a otro, a todos. Nosotros todos los paisanos si hemos sido buenos; si hay algún vecino enfermo que no tiene nada, no-

sotros le damos mientras se fuerca para llevarlo a Buenos Aires.

—¿A qué edad se casan aquí, generalmente?

—Variable; algunos de 19, 20 ó 22; hasta los 25 años. Pequeños de 14 años casi no; padres no dan permiso para casarse muy joven; de 17 para arriba; de 14 para abajo nadie, nadie.

—¿Se casa la mayoría por la iglesia o hay mucho arrejuntado?

—Bueno, la mayoría sí, pero hay algunos que acostumbran no hacerlo, entonces nosotros les llamamos la atención aunque no quieran casarse; en Ujarraz toda la gente es casada porque si uno deja que otros no se casen entonces es costumbre de todos vivir juntos sin casarse y es malo.

—¿Cree que es malo tener varias mujeres a la vez?

—Antes no, ahora sí; yo digo que es malo. Por el lado de Salitre yo oigo que todavía hay un señor que tiene hasta cuatro mujeres, pero aquí no, porque como todos son casados, hombres y mujeres se saludan a la buena y no hay dificultades.

—¿Toman leche sus hijos?

—Siempre; cada día nos tomamos tres o cuatro botellas en-

tre todos. Si no hay vaca con ternero buscamos inmediatamente para tener leche donde vecino.

—¿Cuántos hijos quería tener Ud. cuando se casó?

—Ummm! Francamente lo que Dios mandar.

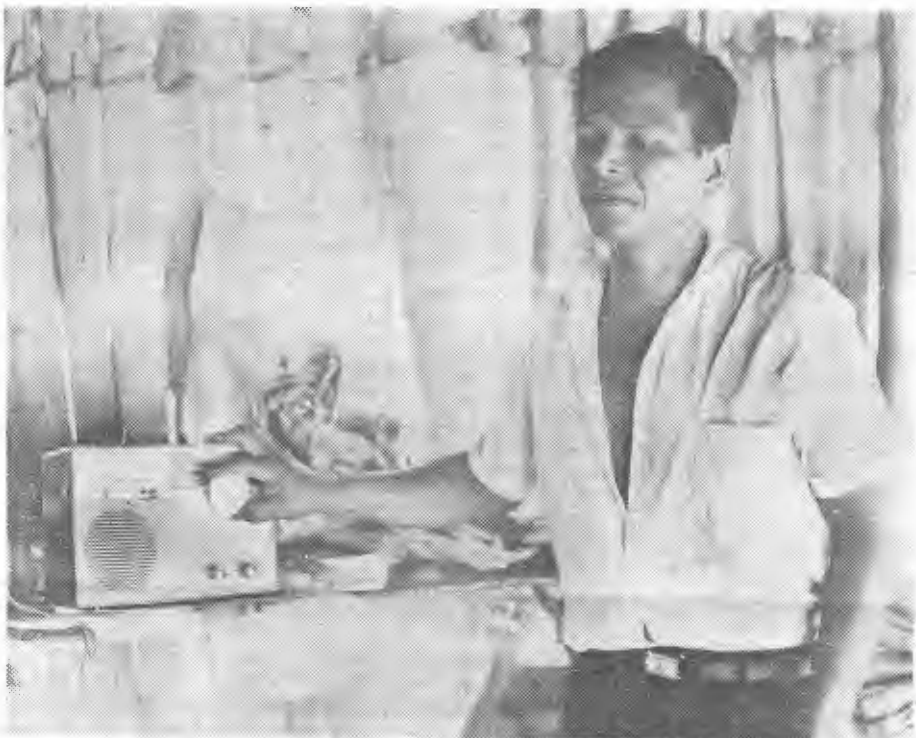
—¿Evitan los hijos algunos matrimonios de su pueblo? ¿Ha oído algo? ¿Cree que es malo?

—Yo creo bajo mi pensamiento que teniendo familia bastante es mejor porque el familia le puede servir para hacer mandados, una diligencia. Si uno no tiene familia, entonces quién le ayuda? Y si uno se muere, quién va a seguir trabajando la finca? No he oído que vecino no quiera hijo. Eso es lo que yo pienso; será bien pensado o mal, yo no sé.

—¿Va a menudo a Buenos Aires?

—Yo ahora soy guardia del . . . ITCO y entonces voy tres o cuatro veces a Buenos Aires por semana. Me gusta el trabajo; está magníficamente bien. No he tenido problemas; bueno, asun'o que es dolor de cabeza es señores que están invadiendo trabajadores de uno. Traen chanchos, dejan regados, hacen daños, cogen tierras de paisanos y ya no hallamos cómo vivir.

Continúa



Un radio a transistores lo comunica con el resto del mundo. En el instante de tomar la foto Virgilio sintonizaba una estación que transmitía un partido de fútbol.

"Desde hace muchos años que entraron los blancos nos han estado maltratando..."

Mira, dicen, vendeme esa finca porque si no el gobierno mañana va a echar cantidad de gente para quitarle todos estos terrenos a los indios.

—¿Los blancos llegan con mucha frecuencia, muy a menudo, a Ujarrás?

—Sí, exactamente; no es a pasear, a la buena; a la buena sólo los que son comerciantes. Los otros sólo porque esa gente quiere molestar. Llevan animales a hacer daños, los echan en arrozales; les decimos: haga el favor de quitar el animal dañino y dicen: eso no es mío. Una vaca se vuela una manzana de arroz, pobres paisanos se quedan sin nada sólo porque esa gente quiere alimentar animales. Ellos van, encuentran frutas, tumban el palo y se las llevan sin permiso.

—¿A usted, cómo lo han tratado los blancos? ¿Cómo lo tratan en Buenos Aires?

—Me han tratado mal; desde hace muchos años que entraron, los blancos nos han estado maltratando. Animales que sueltan y hacen daños no podemos llevarlo fondo porque si llevamos más bien lo traean a uno las autoridades; tiene que traerlos otra vez a donde estaban. Uno va con cuantas quejas puede, entre ellos se conversan: "Déjelo que pierda eso el indio".

—¿Le ha ofrecido comprar su finquita algún blanco?

—Sí, ahí llegan, dicen: mira, vendeme la finca porque si no el gobierno mañana va a echar cantidad de gente para quitarles esos terrenos a los indios; así que antes de eso mejor vender terreno para que no quiten. Y eso es cierto; quitan terrenos a la fuerza.

—¿Usted quiere a los blancos? ¿Cree que algunos son buena gente?

—Yo soy amable con todos; he sido amable con todo sea blanco, negro o pintado, pero eso sí que sean personas legales, que sepan tratar como gentes, como hermanos, pero no como esos señores que vienen a maltratarlo a uno, pero no como esos que lo quieren joder a uno. Somos cristianos y hijos de Dios. Dejá eso, les dice uno,

sacan la carabina y disparan. Dicen: si viene alguien aquí, lo mato, lo hago picadillo; esa es costumbre que tienen. Y cuando bajamos a Buenos Aires dicen ellos que están ayudando a los indios; qué favor es ese si sólo joden?

—¿Qué cosas llevan a vender a Buenos Aires?

—Hemos llevado diario café, maíz, arroz, frijoles y otras verduras como chayotes, mangos, peñibayes; toda la gente lo conoce: lo mejor y la mayor parte que llegar a Buenos Aires, viene de Ujarraz.

—¿Cree que le pagan lo justo o que tratan de engañarlo?

—No pagan lo justo, qué va. Allá tenemos que malbaratarlo; llegamos bien maltratados, a pura espalda lo llevamos. Y pagan a 25 pesos el quintal de arroz y a 30 el quintal y el maíz quieren pagarlo a 12 pesos. Eso es una injusticia. Por eso es que nosotros vivimos malmente, por eso, porque en el centro no pagan la cosecha bien. Café juntamos y soleamos y llevamos y quieren pagar a peso la libra nada más. Deseo a ver como puede haber una mejoración para que se nos pague bien la cosecha.

—¿Cómo gasta la plata que le dan en Buenos Aires?

—El dinero de lo que vendemos lo traemos para pagar otros peones; para sembrar más y trabajar más todavía. Comprar ropa y cosas que uno necesita. Un cristiano no puede vivir peloncito; por eso hay que comprar ropa.

—¿Cuántos pantalones compra usted al año?

—Todo el tiempo tenemos acostumbrado usar cuatro pantalones al año; se va pudriendo la ropa, vamos comprando. No fijamente; cuando podemos y queremos.

—¿Usa zapatos todo el tiempo? ¿Sus hijos y su señora también?



El café es uno de los principales productos de Ujarrás. El indio lo seca y lo vende por libras en Buenos Aires. Virgilio utiliza un rastrillo para que "se seque parejo". A un lado podemos ver una especie de barril hecho con la corteza de un árbol.

—Zapatos tenemos nosotros porque trabajamos en parte peligrosa, pero no todos tienen, la mayor parte andan descalzos porque no están acostumbrados. Es peligroso por las serpientes; hay muchísimas. Pican a cada rato; esos bichos no perdonan nada. Hay mucha clase: de cascabel, de coral, de terciopelo; no, tenemos inyecciones, las traemos de Buenos Aires. Cuando hay picado, Municipalidad nos manda a inyectar para ayudar; si no hay buen tiempo para pasar los ríos, el pobre tiene que morirse.

—¿Si se toma unos traguitos y se marea, cómo lo tratan en el pueblo?

—Maltratarme o garrotearme y toda esa cosa, no no me han hecho eso, pero me han amenazado que me van a golpear.

—¿Cómo son las autoridades?

—Las autoridades algunas cierto que son buenas, humildes, y hay razón de castigar si se porta mal.

—¿Si Ud. tiene un pleito con un blanco, como lo trata la autoridad?

—Se pone a favor del blanco; eso es siempre. Ha llegado uno a sacar el puñal y a molestar; voy y dicen: ah, no ha cortado, no hay problema. No lo citan.

—¿Vienen los técnicos del Ministerio de Agricultura a decirle cómo debe de sembrar?

—Bueno, a la finca no han llegado. Nada más a hacer reunión en la escuela. De ahí otra cosa no han hecho.

—¿Ha pedido ayuda al banco? ¿Qué le han contestado?

—No he pedido. Una vez nada mas, pero al Consejo para sembrar frijol; me mandaron al banco y fui, pero me dijeron: no podemos darle plata, yo no sé

por qué; entonces yo dije: muchas gracias, y nada más. Eso es todo.

—¿Usted está contento de vivir en una reserva indígena?

—Sí, aparte de esas molestias que le dije de los blancos. No habiendo blancos, estaríamos tranquilos. El caso de un chanchito propiedad de don Porfirio Fernández: lo agarraron con perros y se lo llevaron a Buenos Aires. Vino un grupo de paisanos, de testigos, a decir: el chanchito es de don Porfirio. Probaron, el blanco trató de luchar, pero ganó don Porfirio. Pura sinvergüenzada al propio de un blanco.

—¿No le gustaría vivir en un pueblo corriente, con su finca escriturada?

—Mira, es que como la familia está acostumbrada a vivir a-

quí no les gustaría a ellos salir; yo sí me animo, pero como uno tiene esposa no puede dejarla.

—¿Si se le enferma gravemente un hijo, qué hace?

—Bueno, habiendo medicina yo hago lo posible por inyectarlo; si no se puede, llevo a Buenos Aires y busco hospitales de una vez. El de San Isidro; todos vamos allá.

—¿En dónde entierran a sus muertos? ¿Cree que vuelven los que se mueren?

—Tenemos pan'eón; es que no podemos dejar muertos botados. Tenemos bendecido el pan'teón y bien arregladito, con flores y todo. Mira, quien sabe... yo creo que los espíritus sí regresan, tal vez están a la par de uno y no los puede ver, pero los muertos no vuelven.

Continúa...



El Ceibo, un río peligroso, aísla a Ujarrás. Sólo existe este puentecillo de hamaca; las tablas, sostenidas por delgados alambres, son un constante peligro para los indios que es ven obligados a utilizar este paso.

"Sí, yo he visto curar al sukia; también son muy fregados, yo digo la verdad porque por la verdad murió Cristo, pero los sukias son muy hechiceros, hay que tenerles miedo..."

Vivir en San José no, porque es que yo hallo que es mucha bulla.

—¿Ha visto alguna cosa rara, así como eso que llaman espantos?

—Nunca me ha pasado eso; no nunca. Tal vez puede haber pero como no ha pasado con uno no puedo decir, pero puede ser que deben haber.

—¿Usted cree que el sukia puede curar? ¿Por qué?

—Sí, yo he visto curar de verdad. Siempre curan con hierbas, y con otras cosas más que sólo ellos saben; también son muy fregados, yo digo la verdad porque por la verdad murió Cristo, pero los sukias son muy hechiceros, pueden hacerle a uno una maldad, hay que tenerles miedo, lo pueden hasta matar si quieren. En Ujarrás hay varios, por todas partes.

—¿Hay cosas para enamorar una muchacha?

—Ah sí, claro que sí; el sukia lo hace perfectamente. El que estudia, puede hacerlo. No sé que se puede hacer para que no lo hagan, la contra. Si hacen, solo otro sukia puede curar.

—¿Ha estado alguna vez en San José? ¿Qué le pareció?

—Yo solo una vez nada más. Bonito sí es. Pero es que yo no estuve nada; nada más un día y casi no conozco. Lo que me gustó más... bueno, todo el pueblo está bien, la figura de las casas están bonitas, y el camino; los caminos tienen mucho movimiento. Puede estar todo el día uno viendo eso y no cansa. Yo me fui por propia cuenta. Dormí en una parte que se llama Desamparados de San Juan de Dios; me llevó un muchacho a dormir allá, donde la mamá. El trabajó en Buenos Aires

y ser amigo. La mamá me trató muy bien.

—¿Le gustaría vivir en una gran ciudad?

—Estarme unos días sí, pero para vivir... tal vez uno no se acostumbra. Es que yo hallo que en San José es mucha bulla.

—¿Qué cosa quiere que estudien sus hijos? Entre padre, como el Padre Hugo Barrantes, doctor, ingeniero o chofer, ¿qué le gustaría que fuera un hijo suyo?

—Sí, los pondría en un colegio. Si yo tengo uno salido de sexto grado, mando a colegio para que aprenda como pasarse bien por la vida. Bueno, ahí si no te puedo dar argumento de lo que me gustaría que estudiaran. Chofer yo veo que no es tanto trabajo, pero como estudiar para padre... eso sí cuesta muchísimo; doctor yo creo que cuesta algo, pero no tanto como para padre.

—¿Alguna vez llegó un doctor a su pueblo?

—Sí, ha venido aquel doctor que se llama Obregón, ahora está en San José. Diario le gustaba andar en Ujarrás.

—¿Algún candidato a diputado o presidente ha venido?

—Don Danielón Barrantes vino; solo don Otilio Ulate ha venido, cuando yo estaba en la escuela, de ahí nadie más ha venido.

—¿Usted vota el día de las elecciones? ¿Por qué?

—Sí voto. Bueno, voto porque aquí nos exigen; si no vo-

ta, entonces multan. Nos poner a exigirnos a la fuerza. Si no nos exigieran, tal como a nosotros no precisa votar porque nosotros no entendemos bien cómo son esas cosas.

—¿Cuándo usted oye hablar a algún candidato a la presidencia, cree en lo que dice?

—Bueno, yo he oído, pero quién sabe hasta cuándo es eso que vamos a cambiar. Dicen que todas las cosas van a arreglar, que la miseria y esas cosas, que buen sueldo, escuela y colegio y otras cosas más, pero nada todavía; estamos como antes, lo mismo. Será hasta el fin del mundo, digo yo.

—¿Sabe cuántos diputados hay?

—Bueno, perfectamente no sé muy bien.

—Sabía Ud. que cada diputado gana más de cuatro mil colones al mes?

—Uta carajo!, tienen buen sueldo. Yo oigo las sesiones por radio, a veces; las sesiones anduvo un poco bien, pero para nosotros pobres si suben la ropa, sufrimos; si suben precios de las cosas, sufrimos mucho.

—¿Que haría usted con siete mil quinientos colones mensuales, el sueldo que devenga el Presidente de la República?

—A la puña! Esa es una cantidad... Tamaño pocazo de plata. Estaría comiendo buenas comidas nada más. Bonito con esa cantidad es trabajar bien, para tener de todas cosas para bien del pueblo. Yo trabajaría más; aunque esté vagando en la casa pago peones para producir bastante.



Este indio mató el quetzal que lleva en la mano, mediante un disparo certero de rifle bala U. En Buenos Aires le dieron cinco colones; el comprador lo vendió pocos minutos después en veinticinco.

—¿Ha llegado aquí algún líder comunista? ¿Sabe qué es el comunismo?

—No, nunca han llegado. Son como pastores, pero no, no ha llegado ninguno.

—¿Sabe lo que es el Cuerpo de Paz? ¿Le han ayudado a Ud.?

—No señor. Nunca me han ayudado de ninguna manera. No los conozco.

—Si llega alguna persona extraña y le pide comida o dormida, usted le da?

—Si son buena persona sí, pero si no son buena, no. Las personas buenas se pueden conocer con sólo el modo nada más. Le di posada a un señor de afuera, de pelo largo, que se llama Daniel... Kau... un nombre raro, bueno, durante unos días y no me gustó, no me gustó. Cada viaje que vuelve viene con un montón de gente y no traen nada para cocinar. Yo sólo puedo asistir a mi familia.

—¿Usted tiene radio; qué cosas oye?

—Me gusta oír nada más que los rosarios que hace el padre. Eso es lo que me interesa para cuando llegan los misioneros, que los niños sepan qué van a decir.

Música me gusta también; rancheras y esas cosas. Oigo Escuela para Todos; me gusta mucho. Noticias también, cuando tengo tiempo.

—¿Ha comprado el periódico?

—Cuando el maestro ve el periódico, cuando lo ven los dos, me lo prestan. Me gusta leer, aunque en veces no alcanza mucho el tiempo.

—¿Ha oído hablar de Rusia? ¿Qué es Rusia?

—Bueno, casi muy poco he oído. Bueno, francamente yo he oído decir de los rusos, pero francamente no sé por qué los nombran así. Sé que es un gran país, brutalmente...

—¿De los Estados Unidos, qué ha oído decir?

—Francamente lo que he oído decir es cuestiones de revoluciones, y guerras y muertes; dicen que allí se vive bien, que ese es un país que manda el resto del mundo, que tienen mucha fuerza.

—¿En qué país vive mejor la gente? ¿El más rico?

—El país más rico he oído que los Estados Unidos; deben haber otros pero uno no sabe.

Continúa...



Mientras sus hijitos observan atentamente, Virgilio trata de "sacar una pieza" en un quijongo, antiquísimo instrumento que utilizaban los ancianos del lugar para amenizar las fiestas. Consiste en una vara larga, un alambre y una jícara.

"Si viene el presidente, bajo de pobreza tenemos que recibirlo bien; más o menos le regalamos un montón de naranjas y una buena fiesta..."

Ahora yo pregunto: ¿vendrá don José Figueres algún día a Ujarraz?

—¿Qué cosas se podrían hacer en este pueblo para mejorarlo?

—En Ujarraz se puede hacer para que todos vivamos tranquilos, estar sólo nosotros los indios y tener puente y el camino, y ojalá medicinas; eso es todo lo que se necesita.

—¿Si el gobierno le dice que va a poner un tractor a hacer el camino, pero que Ud. tiene que trabajar todas las semanas un día de gratis, qué diría?

—Uuuuuu... Nosotros estamos de acuerdo de eso; si hacen camino y puente, tenemos voluntad de ayudarles en todo lo que podamos.

—¿Si le ofrecieran un paseo a Panamá o a los Estados Unidos, a dónde iría?

—Me quedaría bien por el lado de Panamá, por ser más cerca. No tengo idea de cómo es, pero me gustaría conocer. Y los Estados Unidos, por ser uno pobre, usted sabe, cuándo va a ir?

—Ha probado el whisky alguna vez?

—Nunca jamás en la vida. Sólo guaros blancos corrientes.

—¿Le gusta andar en aviones?

—Claro que sí; de aquí he ido a la zona sur.

—¿Conoce Puntarenas o algún otro puerto?

—Puntarenas no; sólo por el

lado de Limón. Nos llevamos 15 días en ir y regresar. Fuimos a salir a Peshurt. Diez días a pie hasta que salimos. También he ido a San José Cabécar a conocer familia. Tíos, sobrinos. Tres días de aquí a pie.

—¿Cuando hay reunión en su pueblo, se reúnen todos los vecinos?

—Cuando hay reunión para hablar algo, vienen todos; cuando hay misa y turno también.

—¿Le han hablado de desarrollo comunal?

—Una vez un ratillo; hablaron, se fueron y nunca más volvieron.

—¿Usted está enterado de que el hombre fue a la luna? ¿Es beneficioso eso?

—Parece que es mentira; eso sí no puede decir si es beneficioso.

—¿Qué música prefiere? ¿Baila mucho?

—Bailes hay muy pocos; la gente le gusta tocar esos que les dicen concertinas, bandoneón. Siempre tocar piezas antiguas. Tocan cumbias también; los nuevos tocan piezas que se tocan en el radio.

—¿Cuánto cobran aquí por un corte de pelo?

—Aquí uno al otro no cobrar; uno al otro nos pelamos.

—¿Le gustan los perfumes?



"Yo tener otra finquita allá arriba", nos dice Virgilio. "Si blancos no venir a molestar, nosotros vivir tranquilos..."

—A las mujeres sí gustan, pero yo no.

—Le regalan algo cuando cumple años?

—No, para qué va uno a celebrar el cumpleaños? Pasa uno quedito en la casa, o trabajando.

—¿Le regala usted cosas a su señora? ¿Se acuerdan de la fecha del matrimonio y la celebran?

—No, no celebramos. Regalos sí, como cortes de vestido de vez en cuando.

—¿A qué edad bautiza sus hijos?

—Siempre sacerdote está cerquita; ocho o quince días de nacimiento; a cualquier momento bautizamos.

—¿Si se muere su compadre y el hijo está con problemas, qué hace?

—Yo tengo que recogerlo porque tengo que verlo como hijo propio.

—¿Antes enterraban a sus antepasados con muchas cosas, como ollas de barro; se sigue esa costumbre? ¿Por qué?

—Dicen que así era. ¿Por qué? Yo no sé. Ahora ni en las partes altas de la cordillera se acostumbra.

—¿Fuma mucho Ud.?

—Sí, en veces. Cuando estoy entre gente fumo mucho, pero en la casa un paquete dura una semana. No quiero chiquitos cuando grandes aprendan, muy feo. Aquí hay mucho güila que fuma; hay muchos papás que dan hasta puros a niños.

—¿Qué regalos les trae "el Niño" a sus hijos?

—Conseguimos como podemos juguetes y ropa, poquita. Pero hay años que no trae nada.

—Le gustaría que el delegado del Banco viniera a ofrecerle dinero para trabajar, sin tanto papaleo?

—Bueno, está bien; uno es muy fregado por el trabajo, pero si viene delegado y ofrece dinero, ¿quién no le va a agradecer?

—¿Qué suma le pediría?

—En cuestiones de arroz, de mil pesos para abajo, de ochocientos pesos para abajo. Mi familia, hermanos, han pedido plata al banco, nunca se ha quedado mal. Otros prójimos sí han quedado mal, pero mi familia nunca.

—¿Qué le parece la labor de los padres?

—Yo me quedo muy agradecido con lo que hace el Padre Hugo y el padre Freddy. Todo está muy bien. Muy bien.

—¿Ha ido alguna vez al cine?

—Sí, pero muy poco me gusta. Televisión he visto ajena; muy bonito.

—¿Cuánto dinero lleva cuando va a Buenos Aires?

—En veces; cincuenta, cien, veinte o treinta, en veces nada.

—¿Le parece que trabaja mucho un presidente?

—Yo creo que sí porque es el único cabecilla que tiene que saberse todo de Costa Rica y partes alrededores. Es decir, si está de acuerdo en resolver los problemas; si no, la lleva suave nada más.

—¿Le gustaría visitar al presidente? ¿Qué le diría Ud.?

—Sí, yo tengo un deseo de ir a visitar a don José Figueres y doña Karen. A conversar personalmente donde están ellos. Bueno yo deseo ir a ver cómo están y preguntar que si están de acuerdo en ayudar a nosotros y dejarnos a nosotros vivir a parte y que los blancos vivan a parte, bajo todo respeto, y que vivan cada uno en su parte, pero como buena gente y buenos cristianos.

—¿Si viniera el presidente a su pueblo, cómo lo recibirían?



Camino a Buenos Aires a participar en el Seminario Indígenista va Virgilio Villanueva. Mientras camina a paso largo se peina su cabello un poco rebelde.

—Bajo de pobreza tenemos que recibirlo bien; más o menos le regalamos un montón de naranjas y una buena fiesta a la llegada del presidente. Ahora, yo pregunto: ¿vendrá don José Figueres algún día a Ujarraz?

—Si Ud. tiene apenas veinte colones en la bolsa y llega un vecino con un gran problema y se los pide prestados, usted se los da?

—Bueno, no puedo darle todo, tal vez cinco pesos. Para no quedarse riel uno.

—¿Tiene alguna idea de lo que gana por semana?

—No sabemos; nunca he sacado cuenta.

—¿Qué desea pedirle por nuestro medio al diputado de su cantón?

—La pura verdad, a Danielón lo que deseo pedirle es que nos ayude a hacer el camino y el puente. Ojalá si pudiera hacer el favor que nos ayude con algo de medicina porque aquí no hay nada.

—¿Y algún mensaje para el señor presidente de la República?

—Francamente, cómo será bien para decirle? Que se acuerde algún día de venirnos a ver a nosotros, que siempre estamos en acuerdo de él; que no nos deje abandonados.

Ujarraz, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1970.



Un vecino de Virgilio, Rafael Fernández, prepara flechas de peibaye para pescar en el Ceibo. "Yo vender por 20 colones todas las flechas..."